

IV.

Los cazadores.

BRAZO-de-acero caminaba seguido por sus perros, trepando por un sendero escabroso, con tanta facilidad como si anduviera en un salón alfombrado: de cuando en cuando se detenía, y quedaba pensativo; pero no era la fatiga la que lo hacía pararse; era que su pensamiento ocupado enteramente en el recuerdo de Julia, embargaba algunas veces su voluntad.

Derepente los perros lanzaron un aullido y dieron muestras de inquietud, pero el cazador iba tan preocupado, que no lo advirtió y siguió su camino.

A poco, los perros volvieron á dar muestras de inquietud; Brazo-de-acero lo notó.

—¡Hola! Tizoc, ¡hola! ¿qué pasa? ¿qué tienes, buen mozo? dijo inclinándose.

Los perros olfateaban y se volvían al Sur.

—Algo debe pasar—dijo el cazador—porque estos animales no se engañan nunca—y registró la ceiba de su mosquete:—quizá alguien que no es de los compañeros, anda por aquí perdido: veremos; al fin no tengo sueño.

Empuñó entonces su arma, silbó á los perros, y con acento cariñoso les dijo:

—Vamos, chiquillos; sus, sus, vamos.

Los perros saltaron entre la maleza y comenzaron á correr, deteniéndose á cada paso y volviendo la cabeza como para ver si su amo los seguía.

Así caminaban entre el bosque, sin llevar al parecer un rumbo fijo y olfateando de cuando en cuando al aire. Por fin, parecía que habían dado en la pista, porque echaron á correr con mas velocidad, llevando las narices casi pegadas á la tierra.

El cazador los perdió de vista entre la espesa *charamasca* que cubría el suelo, y solo á lo lejos oía el ruido que formaban al romper la maleza.

Así los seguía.

Derepente oyó los ladridos furiosos que lanzaban los dos lebreles.

—¡Están enojados! exclamó; y preparando su mosquete se dirigió al rumbo en que ladraban los perros.

Llegó por fin á un pequeño claro en aquel bosque, y allí comprendió lo que pasaba.

Al pié de un grueso tronco de guayacan, un bizarro toro se defendía de los ataques de Maztla y de Tizoc, que daban vueltas en derredor de él, procurando furiosos atacarle por los costados: el toro tenía el anca apoyada en el tronco del árbol, y presentaba á sus adversarios su ancha frente armada de dos agudos y poderosos cuernos, tirándoles un bote siempre que los veía á su alcance, pero sin apartarse del árbol.

Los perros huían el golpe y volvían de nuevo á la carga, redoblando sus ladridos como para llamar al cazador.

—¡Vaya una cosa rara!—dijo Brazo-de-acero—un toro

que no huye, que se empeña en cuidar un árbol como si fuera un centinela, y luego estos perros tenaces como nunca.

Y dando una vuelta fué á colocarse casi en frente del toro, á corta distancia.

—Aquí está seguro;—pensó—solo que es preciso que esos perros me le dejen sosegar un momento; y luego gritó: —Tizoc, Maztla, aquí—y lanzó un silbidillo muy conocido sin duda para los perros, porque vinieron inmediatamente á su lado.

El toro se vió libre de sus enemigos pero no abandonó su puesto; al contrario, irguió la cabeza y miró con dos ojos como dos brasas al jóven que estaba á corta distancia.

El cazador con una admirable sangre fria apoyó en su hombro la culata de su mosquete, alzó el cañon y permaneció como un segundo inmóvil.

Brilló un relámpago rojo, el estampido del mosquete atronó el bosque perdiéndose entre las selvas, y el toro dando un salto terrible hácia adelante, cayó muerto á los piés de Brazo-de-acero; tenia una bala en medio de la frente: como impulsados por un resorte, los dos perros se lanzaron sobre el toro.

—Bendita sea María Santísima que me ha librado de tan grave peligro—dijo una voz en lo alto del árbol que servia de fortaleza al toro.

El cazador alzó la vista, y descubrió entre el follaje á un hombre que hacia esfuerzos para descender.

—¿Quién sois? ¿qué ha pasado?—dijo Brazo-de-acero al hombre que bajaba del árbol.

—¿Quién soy? un desgraciado que por probar ajeno oficio, estuve á punto de dejar de existir, si no ha sido por vuestro oportuno auxilio.

El hombre tenia el traje de los cazadores y la cara cubierta aún con el antifaz de cuero.

—¿Pero vos sois cazador?—dijo Brazo-de-acero reparando en su traje.

—No, Dios me libre: por capricho me puse este vestido; pero juro á Nuestro Señor que no me volverá á suceder.

—¿Y qué vais á hacer ahora?

—Ahora me vuelvo á la aldea, de donde nunca debiera haber salido, dándoos las gracias.....

—Bien, id con Dios.

—¿Quereis vender vuestro toro? que vuestro es, pues le matásteis.

—Sí; ya sabeis el precio.

—En tal caso, hacedle vuestra señal, y yo enviaré mañana mismo por él.

Brazo-de-acero sacó su puñal y cortó las orejas al toro muerto, y entregándolas al hombre del árbol le dijo:

—Aquí teneis la propiedad de la res.

—Muy bien; vuestro dinero mañana en la taberna del *Toro Negro*. ¿Cómo os llamis?

—Me dicen Brazo-de-acero—contestó el jóven.

El hombre se estremeció como si le hubiera picado un escorpion.

—¿Qué os pasa? dijo advirtiéndolo el jóven.

—Nada, nada; un dolor, quizá á causa de la emocion y la humedad de la noche.

—Está bien—agregó el jóven volviendo á cargar de nuevo su mosquete, y con la mayor indiferencia y marcialidad se lo puso al hombro, silbó á sus perros y se perdió en el bosque sin hablar mas.

El falso cazador se quedó un momento inmóvil, con las orejas del toro en la mano.

—Vamos—exclamó—si pasan en el mundo cosas que parecen milagros: quién diría que me ha salvado este mismo á quien por poco le birlo la muchacha! ¡Oh! y si él lo hubiera sabido, de seguro que esa bala me la coloca á mí en la frente, y á mí es á quien corta las orejas: cuidado! Ea, vámonos: lo que es por esta noche, escapó Julia merced á ese demonio, que Dios sabe de dónde salió; y yo escapé gracias al novio de Julia..... pero ¡o que es la muchacha, mas tarde, mas temprano, mia ha de sér.

Y apretando entre sus manos las orejas del toro, echó á caminar para la aldea, no sin volver continuamente el rostro por todas partes, temiendo un nuevo encuentro con fiera ó con cazador.

La luz de la mañana blanqueaba ya el horizonte cuando Brazo-de-acero llegó á la montaña.

En lo mas áspero de la selva habia varias cabañas fabricadas con hojas de palmera, que servian de guarida á los terribles cazadores, y estas cabañas se apoyaban en los gigantescos troncos de los cedros, de los palmeros ó de los guayacanes.

Allí pasaban los cazadores su vida salvaje persiguiendo á los toros ó á los jabalíes, y de ahí bajaban á las aldeas y las ciudades de la isla á contratar con los desolladores, con los plantadores ó con los dueños de los navíos, carnes y pieles.

Los cazadores eran dueños ya de casi toda la grande isla Española: valientes, aguerridos, conocedores diestros del terreno, ni temian á las fieras, ni á las tempestades, ni á la peste, ni á las tropas españolas que habia en Santo Domingo y en Alta-Gracia.

De la gran isla Española, menos de una tercera parte estaba en poder de los españoles, y el resto lo ocupaban los cazadores y plantadores que no tenian entre sí ley, y si aca-

so, algunas veces llegaban á obedecer las órdenes de los reyes de Francia.

Brazo-de-acero llegó á su cabaña, que estaba amueblada como todas las otras; algunas grandes pieles de buey, algunos troncos de árbol que servian de asientos y de mesa, y algunas armas.

Contra todo lo que esperaba el jóven, encontró á una multitud de cazadores reunidos y hablando entre sí con gran calor, mientras que devoraban, por decirlo así, su alimento cotidiano, compuesto de un gran trozo de carne asada, y de una especie de ensalada que hacian de los retoños tiernos de la palma.

Brazo-de-acero debia tener sin duda gran prestigio y ascendiente sobre los cazadores, porque al verle llegar, se levantaron á recibirle con muestras de cariño.

—A tiempo llegas—díjole uno de los cazadores—y ya extrañábamos tu ausencia.

—He pasado la noche paseando el bosque—contestó con indiferencia el mexicano.

—Hace poco—agregó otro cazador—que oimos un tiro, y Ricardo sostenia que tú lo habias tirado, porque dice que conoce perfectamente el ruido de tu mosquete.

—Y aun lo afirmo—dijo Ricardo.

—Tienes razon—contestó el jóven;—he matado allá abajo un torete; pero me extraña que hayais estado despiertos á esas horas.

—Es que tenemos una gran novedad—dijo Ricardo.

—¡Novedad! ¡y cuál es?

—Anoche ha estado aquí con nosotros Juan Morgan.

—¡Juan Morgan!—exclamó admirado Brazo-de-acero.

—El mismo—contestó Ricardo con el orgullo del que da una buena noticia.

Para que se comprenda la causa de aquella admiracion y del efecto mágico que el nombre de Juan Morgan producía entre aquellos hombres de temple de fierro, bueno será decir dos palabras acerca del que llevaba ese nombre, y que debe hacer un papel muy importante en esta historia.

Juan Morgan habia nacido en Inglaterra en la provincia de Walis; su padre era un labrador rico y lleno de buenas cualidades; pero el hijo no tuvo inclinacion por la agricultura, y se lanzó á los mares en busca de aventuras: entró en calidad de criado en un navío que iba para la isla Barbudos, y al llegar allí lo vendió su patron.

Logró su libertad, pasó á Jamaica, y entró al servicio de los piratas que comenzaban entonces á atacar á los buques españoles.

Sus hazañas fabulosas de valor, su prodigalidad con los marinos y la buena suerte que siempre le habia acompañado, bien pronto hicieron de Juan Morgan el héroe popular de todos los piratas, cazadores y plantadores que habitaban en las Antillas, y no esperaban todos sino que él los llamase para presentarse al servicio.

Juan Morgan era mas que el jefe de aquellos hombres, era su Mesías.

Los plantadores, los piratas y los cazadores no vivian como unos salvajes, separados de la sociedad, sin pensar en el porvenir; tenian, por el contrario, todos ellos un gran pensamiento político, que no necesitaba sino un jefe para tomar cuerpo.

Aquellos hombres meditaban apoderarse de las Antillas y formar con todas aquellas islas un reino, una nacion poderosa que fuera independiente de las coronas de Francia, de España y de Inglaterra.

Una tras otra las islas debian ir cayendo bajo su domi-

nacion, y las dos escogidas como principio de aquella empresa, lo fueron la Española y la de la Tortuga.

La Española era grande y rica, y estaba casi toda en poder de cazadores y plantadores; los piratas se encargaron de la de la Tortuga.

Como la Francia comprendia la preponderancia que le daba á España la posesion de las islas del mar de las Antillas, procuró favorecer, aunque ocultamente, los designios de los piratas, y llegó hasta el caso de mandar á Mr. Le Vasseur con un navío cargado de soldados para echar á los españoles de la Tortuga.

De este modo, todos aquellos hombres no esperaban mas que un jefe para comenzar sus hostilidades contra el comercio, la marina y los habitantes españoles, y aquel jefe lo veian en Juan Morgan.

He aquí por qué todos, incluso el mismo Brazo-de-ace-ro, que era mexicano, se exaltaban al oír hablar siquiera del célebre pirata.

—¿Aquí estuvo?—preguntó otra vez Brazo-de-ace-ro.

—Aquí mismo, y en ese lugar en que estás tú.

—Y decidme, ¿qué dijo?

—Eso es lo grave; vino á anunciarnos que prepara una gran asonada, que necesita víveres y hombres de marinería y de desembarco.

—¡Soberbio!—exclamó el mexicano entusiasmado.

—Que él promete un año rico en acontecimientos, en aventuras, en presas de mar y tierra; en fin, que moverá el mundo.

—¡Magnífico! ¿y vosotros qué le habeis dicho?

—Unos han ofrecido ayudarle para los víveres que necesita, y los otros se han comprometido á seguirle.

—¿Y tú qué has dicho, Ricardo?

—¿Yo? que le sigo.

—Y yo, también, y yo también—exclamó Brazo-de-acero; ¿dónde le veremos otra vez?

—Mañana en la noche en San Juan de Goave; pero es preciso disimular para que nada llegue á conocimiento del gobernador español.

—¿Entonces?

—Si quieres ser de la partida, yo te instruiré de todo.

—Sí.

—Bien; pues al oscurecer partimos para la aldea.

Los cazadores siguieron conversando. Brazo-de-acero se entró á su cabaña, se tendió sobre un cuero, y acompañado de sus perros se quedó dormido.

V.

La señora Magdalena.

La aldea de San Juan de Goave tenia siempre una gran poblacion, pero de esa que pudiera llamarse flotante, porque iba y venia y cambiaba á cada paso.

San Juan era, por decirlo así, la capital, el cuartel general de los cazadores, y allí por esa razon concurrían multitud de mujeres aventureras, que iban siempre al husmo del dinero que con tal profusion derramaban aquellos hombres.

Habia en San Juan, pues, multitud de jóvenes hermosas, pero ninguna de ellas podia competir con Julia, que además de su belleza, contaba con su modestia y con una gran reputacion de pureza que la hacia respetable.

Julia, como todas las mujeres honradas, sentia el desden mas profundo hácia toda aquella colonia de mujeres perdidas que veia en su alrededor, y por eso sus relaciones se reducían á las familias honradas de la aldea, y por eso disgustadas por aquel aislamiento, que ellas calificaban de or-